

La pandemia y las desventuras de la teoría y política del desarrollo: desafíos y oportunidades para el pensamiento crítico

The pandemic and the misfortunes of development theory and policy: challenges and opportunities for critical thinking

Isaac Enríquez Pérez*

ISSN IMPRESO 1870-7599 | ISSN RED CÓMPUTO 2448-7783 | 1-40

RECIBIDO 22/09/23 | ACEPTADO 17/12/23

Resumen. El presente artículo tiene como objetivo esbozar —a partir de la comprensión de las múltiples dimensiones, manifestaciones e impactos de la pandemia de covid-19— los principales desafíos teórico/epistemológicos de los estudios del desarrollo de cara a la *crisis epidemiológica global* y al vaciamiento del principio de verdad como eje rector de la praxis científica. Además de concebirse como un *hecho social total*, la *crisis pandémica* es asumida como un acelerador de tendencias estructurales y coyunturales acumuladas a lo largo de las últimas cinco décadas, y que trastocan el sentido y las contradicciones de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo. Se argumenta también que en tanto condensadora de una *crisis civilizatoria, sistémica y ecosocietal*, la pandemia de covid-19 desafió las formas de ser y estar en el mundo, al tiempo que desestabilizó los referentes que contribuyen a comprender la realidad social. A ello no escaparon los estudios del desarrollo. De ahí la relevancia de postular al pensamiento crítico y a la investigación interdisciplinaria como posibilidades para comprender los múltiples impactos de los problemas sociales contemporáneos regidos por la incertidumbre y la desestructuración de la memoria.

Palabras clave: pandemia de covid-19, dialéctica desarrollo/subdesarrollo, pensamiento crítico, investigación interdisciplinaria, estudios del desarrollo, *teoría y política de la pandemia y de la era post-pandémica*.

Abstract. This article aims to outline —based on an understanding of the multiple dimensions, manifestations and impacts of the covid-19 pandemic— the main theoretical/epistemological challenges of development studies in the face of the global epidemiological crisis and the emptying of the principle of truth as the guiding principle of scientific praxis. In addition to being conceived as a total social fact, the pandemic crisis is assumed as an accelerator of structural and conjunctural tendencies accumulated over the last five decades, and which disrupt the meaning and contradictions of the development/underdevelopment dialectic. It is also argued that as a condenser of a civilisational, systemic and ecosocietal crisis, the covid-19 pandemic challenged the ways of being and being in the world, at the same time as it destabilised the referents that contribute to understanding social reality. Development studies did not escape from this. Hence the relevance of postulating critical thinking and interdisciplinary research as possibilities for understanding the multiple impacts of contemporary social problems governed by uncertainty and the destructuring of memory.

Keywords: covid-19 pandemic, development/underdevelopment dialectic, critical thinking, interdisciplinary research, development studies, *theory and politics of the pandemic and the post-pandemic era*.

* Mexicano. Docente investigador, Universidad Autónoma de Zacatecas. Correo-e: isaacep@unam.mx

Introducción

El curso mismo de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo está expuesto a la incertidumbre y a la contingencia, y más cuando el mismo Estado tiende a perder el control y la incidencia respecto a los problemas públicos y sus principales manifestaciones. Fenómenos aparentemente coyunturales y residuales pueden alterar la dinámica de estos procesos y exacerbar sus contradicciones hasta alejar a los sistemas sociales del supuesto estático del equilibrio; y más cuando se interrelacionan con el carácter asimétrico y estratificado del capitalismo y con su potencial para irradiar la exclusión social y gestar nuevas conflictividades y desigualdades. El desarrollo es un proceso sociohistórico disruptivo y distante de la armonía y el equilibrio, y justo las desigualdades y contradicciones que le son consustanciales tienden a ser trastocadas por esos macro-acontecimientos que, aparentemente, son efímeros y coyunturales. La pandemia de la covid-19 se mostró como uno de esos fenómenos sintetizadores que condensan múltiples crisis y colapsos acumulados a lo largo del último medio siglo, y que como tal supone un cambio de ciclo histórico a raíz de la correlación de fuerzas en torno a la construcción de mercados, la (re)distribución de la riqueza y la reivindicación o no de ciertos derechos humanos. De ahí la relación estrecha en las sociedades contemporáneas entre dicha *crisis epidemiológica global* y la dialéctica desarrollo/subdesarrollo.

Sin embargo, más que representar un fenómeno estrictamente sanitario y coyuntural, la *crisis epidemiológica global* cimbró, desde marzo del 2020, el conjunto de las estructuras sociales, las formas de organización de las sociedades e, incluso, la cotidianeidad y la intimidad de individuos y familias. De ahí que la pandemia se engarce o converja con procesos estructurales de larga gestación y duración y que, a su vez, radicalice el carácter contradictorio del capitalismo y sus dinámicas excluyentes y expoliadoras. Estas rupturas históricas se traducen, a su vez, en rupturas epistemológicas que es necesario ponderar y asimilar desde los estudios críticos del desarrollo en aras de comprender las aristas inéditas que caracterizan o caracterizarán durante las siguientes décadas a la dialéctica desarrollo/subdesarrollo.

Tras reconocer estos mínimos argumentos, resulta factible plantear algunas preguntas orientadoras de la investigación que subyace en el presente artículo: ¿Cuál fue el sentido de la pandemia de la covid-19 y cómo se engarzó con la crisis

estructural del capitalismo y con el *colapso civilizatorio contemporáneo*? ¿Cuáles son las tendencias adoptadas por la dialéctica desarrollo/subdesarrollo a partir de la incidencia de la pandemia y de las contradicciones aceleradas por ese *hecho social total*? ¿Cuáles son los desafíos y oportunidades que la *crisis epidemiológica global* abrió a los estudios del desarrollo? ¿Cuáles son las posibilidades y los márgenes de maniobra del pensamiento crítico en la construcción del futuro y en la emergencia y expansión de la *era post-pandémica*? Partiendo de estos interrogantes se definió un objetivo principal del presente artículo, a saber: a través de la comprensión de los principales rasgos y manifestaciones multidimensionales que adoptó la pandemia y que en su interrelación conforman un *hecho social total* (noción ésta esbozada por Marcel Mauss, 1924 y 1950) y una red de sistemas complejos, acercarnos al análisis e interpretación de la intergénesis de los estudios del desarrollo —y su consustancial incidencia en la configuración de la agenda pública— con fenómenos emergentes arraigados en dimensiones estructurales que remiten a una *crisis civilizatoria, sistémica y ecosocietal* de larga gestación y duración, y que actualmente tuvo como una de sus expresiones a la pandemia de la covid-19 y sus múltiples efectos. Entonces, el propósito central de la investigación consistió en definir los rasgos básicos de una *teoría y política de la pandemia* y de relacionarlas con las posibilidades en la construcción del conocimiento sobre la dialéctica desarrollo/subdesarrollo.

En el transcurso de la investigación que apoya al presente artículo se asimiló —y brindó orientación— un supuesto teórico/epistemológico fundamental como el siguiente: la pandemia de la covid-19 y la *gran reclusión* que le fue consustancial, son una manifestación de la crisis estructural e institucional del capitalismo experimentada desde cinco décadas atrás; al tiempo que —por un lado— son un interruptor de las posibilidades de bienestar social o de mejora de la calidad de vida y, por otro, son eventos aceleradores de las desigualdades, contradicciones y exclusiones sociales emanadas de esta *crisis civilizatoria, sistémica y ecosocietal* de larga gestación y duración. Más todavía: la *crisis pandémica* representó un macro-experimento social para profundizar la desestructuración de las formas de organización social y de la(s) identidad(es) y la memoria. De ahí que la *crisis epidemiológica global* tendió a reconfigurar el curso de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo y a exacerbar su carácter disruptivo y asimétrico, al extremo de profundizar las conflictividades sociales en medio de escenarios cada vez más signados por la intensificación de la incertidumbre. La inadecuación histórica del conocimiento sistemático respecto al cambio vertiginoso de la realidad social se ensancha con

el hecho constatable de que la pandemia mutó en un territorio para las disputas en torno a la construcción de significaciones en múltiples escalas: desde el análisis propio de la pandemia y la ausencia de márgenes para el disenso en la explicación y la interpretación en torno a sus causas profundas, hasta el nuevo perfil del Estado, el sentido de las decisiones públicas, la transición en el patrón tecnológico y energético, la reconfiguración del campo laboral, las luchas plutocráticas en torno a los modelos de capitalismo, y las tensiones respecto a las hegemonías del sistema mundial.

La pandemia de la covid-19 como hecho social total que se engarza con el *colapso civilizatorio* y la *crisis sistémica y ecosocietal*

La pandemia de la covid-19 representó un acontecimiento eminentemente urbano y global. La globalización explica la acelerada diseminación del coronavirus SARS-CoV-2 y el cruce vertiginoso de las fronteras como parte de la irradiación de los flujos globales de mercancías, bienes, servicios, capitales, conocimientos, información, símbolos, ideas, personas, riesgos y agentes patógenos. La globalización supone interconexión, simultaneidad, instantaneidad y sincronización de espacios locales geográficamente distantes. De ahí que fenómenos anteriormente localizados en espacios locales/nacionales, con la intensificación de los procesos de globalización se diseminan a lo largo y ancho de un mundo que tiende a comprimirse como un todo sistémico y en el que la red se erige como la principal infraestructura organizacional de la sociedad contemporánea. Cada acción social y toda actividad humana está interpenetrada por la lógica de la red en distintas intensidades y velocidades, según la posición que las sociedades nacionales e individuos guarden en los sistemas políticos y en el proceso económico. A través de esa sociedad-red (noción introducida por Manuel Castells, 1996 y 2006) deambulan los riesgos de distinta índole, y los Estados y los territorios nacionales/locales tienden a perder el pleno control en torno a esos desafíos que cuentan con resortes globales y que se territorializan de manera diferenciada y con variada intensidad.

Las bacterias y los virus aprovechan esa interconectividad e, históricamente, tienden a irradiarse de manera planetaria y sin control a partir de las migraciones y los desplazamientos temporales. En las sociedades contemporáneas esos agentes

patógenos aprovechan los movimientos de la fuerza de trabajo y los flujos turísticos que se despliegan de un continente a otro en pocas horas, así como el traslado intermodal de mercancías al tornarse porosas las fronteras nacionales y al desvanecerse los controles que antaño se imponían desde los Estados a estos flujos.

Las ciudades, las megalópolis y las mega-regiones urbanas son los principales territorios que vertebran los flujos globales y facilitan la interconectividad. Es en los territorios urbanos donde alcanzan concreción los procesos de acumulación de capital de alcance planetario, tanto en su faceta de los mercados financieros especulativos y del cambio tecnológico, como del propio sistema de la manufactura flexible. Los fenómenos urbanos —y su carácter depredador, extractivista y expoliador— rompen las fronteras entre los humanos y el resto de organismos vivos; al tiempo que las grandes aglomeraciones humanas facilitan la circulación irrestricta de agentes patógenos que se extienden a raíz de la contradictoria relación sociedad/naturaleza/proceso económico.

El agotamiento de biodiversidad y de ecosistemas y hábitats silvestres se relaciona con el desregulado crecimiento de las poblaciones humanas y la consecuente mega-urbanización, la construcción de infraestructura carretera y la expansión de megaproyectos de infraestructura, la megaminería, la explotación de animales silvestres y su comercio ilegal y, especialmente, con la expansión de las fronteras agrícolas y la voracidad para talar o deforestar bosques e instalar sembradíos de pastizales y demás cultivos que sirven de insumo para la crianza intensiva de vacunos y cerdos. Ello acerca a los animales silvestres hacinados con las poblaciones humanas, y aumenta la transmisión de agentes patógenos y de enfermedades (para ahondar en estos temas véase United Nations Environment Programme, 2016).

La misma celeridad de los estilos de vida en las mega-regiones urbanas deteriora la calidad de la alimentación y debilita los sistemas inmunitarios. La ganadería y la agricultura intensivas e industrializadas instalan un patrón de producción y consumo que alejan al ser humano de la ingesta regional de productos orgánicos y privilegian la crianza rápida de animales y la reducción de los precios de la carne. A su vez, ambas actividades productivas aumentan las posibilidades de zoonosis —o de enfermedades zoonóticas— y la propagación, hacia el humano, de virus, bacterias y parásitos contenidos en los animales que habitan en condiciones de escasa circulación de aire y de masivo hacinamiento de pollos y cerdos en las macro-granjas o en sistemas cerrados de alta densidad (al respecto véase

Wan, Shang, Graham, Baric, and Li, 2020; Opriessnig and Huang, 2020). El mismo uso extremo y recurrente de antibióticos en estos criaderos intensivos hace que los virus y bacterias se tornen resistentes; al orinar, estos animales desechan antibióticos que acaban en el estiércol utilizado para fertilizar sembradíos de productos agrícolas (sobre esta resistencia a los antimicrobianos véase Alliance to Save our Antibiotics, 2020). Estudios en torno a la gripe porcina del 2009 —o la llamada influenza H1N1— que tuvo como epicentro a México, evidencian que un virus presente entre los cerdos durante varios años, mutó al interactuar con otros virus grupales, y migró hacia el humano (Mena, Nelson, Quezada-Monroy, Dutta, Cortes-Fernández, Lara-Puente, Castro-Peralta, Cunha, Trova, Lozano-Dubernard, Rambaut, Bakel and García-Sastre, 2016), de tal modo que se estima la muerte, en sus primeros nueve meses, de entre 123 mil y 203 mil personas en todo el mundo a causa de esta influenza (Simonsen *et al.*, 2013).

Detrás del patrón de producción y consumo imperante subyace el mantra del crecimiento económico a ultranza (*business as usual*) y de la acumulación de capital sujeta al irrestricto proceso de financiarización. Se trata de un patrón depredador de la dimensión ambiental de la existencia social: con la expansión irrestricta de la agricultura industrializada y la ganadería intensiva se utiliza una tercera parte de la tierra y 75% del agua dulce se destina a estas actividades. La perpetuación de dicho patrón amplía las posibilidades de que ni la pandemia de la covid-19 —ni las crisis epidemiológicas anteriores— sean las últimas, sino que marca los indicios de que se larvan o incuban futuras crisis epidemiológicas globales con consecuencias aún más letales. Sin ánimo de caer en alarmismos, las pandemias no sólo serán recurrentes a lo largo de las siguientes décadas, sino que sus impactos serán más amplios y duraderos, se propagarán con mayor celeridad y contarán con una mayor letalidad. Si hasta el siglo XX tenían que transcurrir unos 100 años para la aparición de una nueva epidemia mayúscula, observamos que el tiempo se reduce a no más de una o dos décadas. Tres nuevos coronavirus aparecieron en menos de veinte años, teniendo como origen la zoonosis: el SARS-CoV —incubado en los gatos— apareció en el 2002, el MERS-CoV —procedente de los camellos— se gestó en el 2014, y el SARS-CoV-2 —podría aún especularse en qué animal germinó— conocido en el año 2019. Varias influencias se suscitaron desde principios del siglo XXI: la influenza virus A subtipo H5N1, conocida como la influenza aviar o gripe del pollo, se propagó mundialmente entre los años 2004 y 2006 con una letalidad del 60%; la influenza H1N1 o gripe porcina, tuvo como epicentro a México en el año 2009 y se calcula que cobró 284

mil 400 vidas humanas; y la influenza virus A subtipo H7N9, que se extendió entre el 2013 y el 2017, de igual manera desde criaderos de aves y pollos. No menos importante fue el virus del ébola, que entre los años 2013 y 2018 afectó al continente africano.

La Organización Panamericana de la Salud (OPS) anuncia que, del total de enfermedades en seres humanos, 61% tienen un origen zoonótico. Relacionado con ese origen, se identifican 2 mil 400 millones de casos de infecciones humanas y 2 mil 200 millones de muertes anualmente (OPS, 2023).

Lo que evidenció la pandemia de la covid-19 es una tendencia procedente desde la década de los setenta, en el contexto más amplio de una crisis de larga gestación y duración del capitalismo, y que es el colapso del modelo del crecimiento económico ilimitado tras agotarse —con la disolución de la Unión Soviética— los territorios a los cuales expandir la acumulación de capital. La misma crisis de la hegemonía estadounidense —en el contexto de cruentas conflictividades geopolíticas y de la traslación del poder mundial del océano atlántico al océano pacífico— guarda una estrecha relación con las fisuras estructurales del capitalismo en tanto modo de producción y proceso civilizatorio fundamentado en el liberalismo como ideología estructuradora del sistema mundial y de ese modelo del crecimiento económico ilimitado.

A su vez, la *crisis pandémica* fue una manifestación más del *colapso civilizatorio contemporáneo* fundado en *el fin de las certezas*, en la sustracción del futuro, y en el agotamiento de las instituciones erigidas al término de la Segunda Gran Guerra; fue también una expresión más de las fisuras que signan a la *ilusión del progreso*. Esta *crisis epidemiológica global* fue una construcción social dada por la responsabilidad que recae en la propia especie humana como la única causante a medida que el patrón de producción y consumo rentista, extractivista, privatizador y expoliador fue excretando múltiples efectos negativos, ensanchando las brechas de desigualdad, y acentuando las conflictividades sociales. El *mito fundante del continuum ascendente de la teología del progreso* —emanado de la modernidad europea— y la misma *ideología etnocéntrica del desarrollo* fueron —aún más— vaciados de contenido al no ser eficaz la respuesta de las instituciones que pretendieron materializarlos; entramados institucionales que no logran crear mecanismos efectivos de previsión y prevención respecto a las epidemias de inicios de siglo XXI, ni reaccionar con tino para atemperar los múltiples impactos de la reciente *crisis epidemiológica global*.

Este *colapso civilizatorio contemporáneo* se manifiesta con el socavamiento y

erosión sistemáticos de los principios e instituciones emanados del movimiento de la modernidad europea, y que crearon una civilización de alcances planetarios a lo largo de los últimos 250 años al influjo de la misma expansión de la sistema-mundo capitalista, teniendo como sustrato al Estado-nación moderno, a las identidades nacionales, al sistema interestatal, y a la ideología del liberalismo. Lo que es posible avizorar es la transición de un sistema histórico a otro fundado en nuevas hegemonías —destacando la consustancial decadencia de la ejercida por los Estados Unidos—, con el socavamiento de la geocultura —el sistema de ideas, la cobertura ideológica, los valores e, incluso, la ciencia, todos ellos etnocéntricos, que apoyaron el despliegue del sistema mundial moderno— que germinó y se institucionalizó entre 1789 y 1968 y que le brindó legitimación y sustento simbólico/cultural a la economía-mundo capitalista (sobre estos últimos argumentos véase Wallerstein, 1991 y 1995).

Además, como expresión acabada de la *crisis civilizatoria, sistémica y ecosocietal* (un primer acercamiento se observa en Enríquez Pérez, 2020a:b:c y 2021), la pandemia de la covid-19 evidenció a la humanidad en su ausencia de la noción de futuro como eje rector de las racionalidades y de la praxis social. La *crisis pandémica*, por sí misma, no es la causante de las problemáticas mundiales, sino que transparenta el agotamiento estructural de la idea de futuro irradiada desde el siglo XVIII por la modernidad europea y legitimada por la referida *teología del progreso* a lo largo de los siglos XIX y XX. El futuro fue eclipsado por el miedo, el pánico y por la narrativa de la «nueva normalidad». Ese miedo y ese pánico —y, por supuesto, el sufrimiento, el dolor y la nueva relación entre la vida y la muerte— se tornaron paralizantes e inmovilizadores; esto es, el cuerpo, la mente y la conciencia se sujetaron a esas emociones instintivas que cancelan toda posibilidad de ejercicio del pensamiento crítico. Extraviada la *conciencia crítica de la especie de humana* (noción introducida en Carbonell Roura, 2007, 2008 y 2022), se abonó con la pandemia de la covid-19 a esa desestructuración de la memoria y de las identidades. Pero ello no se detiene allí en ese colapso de la misma idea de progreso —de ahí la relación de este párrafo con los estudios del desarrollo.

La desconfianza del ciudadano se extendió no sólo al Estado por su incapacidad para prever y resolver los problemas propios de la pandemia de la covid-19, sino a la ciencia misma, en tanto máxima obra de la modernidad europea. La *teología del progreso* y su ideario de la modernidad aparecen en escena de nueva cuenta; sin embargo, la crítica no es viable hacerla desde la perspectiva deformante del *nihilismo post-moderno*. Ese movimiento filosófico de la modernidad, que ger-

minó y se extendió en Europa a lo largo de los siglos XVII y XVIII, posicionó al individuo como epicentro del mundo y del universo, y lo encaminó —no a partir de la inspiración de dios, sino sobre la base del ejercicio de la razón— por un sendero supuestamente inexorable dirigido hacia la libertad, la igualdad y la felicidad. Las ideologías de aquellos siglos —naturalismo, liberalismo, cartesianismo y positivismo— hicieron de la ciencia un dispositivo de racionalización y apropiación del mundo y un discurso que encarnó el principio de la verdad. Sin embargo, este principio es cuestionado tras exacerbarse la racionalidad instrumental que adopta la ciencia en el último siglo y por su sujeción a los intereses creados que propugnan por un paradigma tecnocientífico regido por la *Big Science* y la *High Tech*. Con la pandemia de la covid-19, la ciencia, como baluarte de la modernidad europea y de su proceso de occidentalización del mundo fue raptada y despojada por los medios masivos de difusión, los gobiernos y por la irradiación de la post-verdad. Instrumentalizada y supeditada al *Big Pharma* y al complejo tecno-digital, la ciencia se redujo a un discurso infravalorado que sólo atendió a esos intereses creados del *consenso pandémico* y no se tornó funcional para el ciudadano común, expuesto de manera masiva con la *crisis pandémica* a la soledad, la des-socialización y a la des-memoria. Entonces se entronizó una simbólica regida por las emociones —y no por la razón ni por la palabra meditada— en medio de una lucha por el control en torno a la construcción de significaciones. La *tergiversación semántica* dio paso a una desestructuración y fragmentación del mundo por la emergencia de una realidad distorsionada y dinamitada por la institucionalización de la mentira; de tal manera que los fragmentos y retazos de esa realidad se tornan distantes y sin relación alguna.

La eficacia de la ciencia se relacionó unívocamente con la capacidad para contabilizar los enfermos y los muertos en medio de una *obsesión compulsiva por el dato*. El Johns Hopkins Coronavirus Resource Center es la muestra más acabada de esa *racionalidad tecnocrática* que, con su conteo diario, contribuyeron a la *tergiversación semántica* y a afianzar la vulnerabilidad de los individuos y familias. La *Big Science* contribuyó no a la explicación interdisciplinaria del fenómeno de la pandemia de la covid-19 y de sus múltiples manifestaciones e impactos, sino a afianzar dispositivos de disciplinamiento desde las estructuras de poder, dominación y riqueza.

Pese al vertiginoso avance tecnológico, la pandemia de la covid-19 evidencia la desestructuración y socavamiento de la humanidad como especie biológica y como civilización. Y aquí aparece la relación con la *desestructuración de la memoria*

y de las identidades humanas. La crisis pandémica y el confinamiento global significaron un proceso de des-socialización y de destroncamiento de las relaciones humanas. Justo allí radica la principal paradoja: esa des-socialización se profundiza en un escenario signando por la hiper-conectividad fundamentada en las tecnologías de la información y la comunicación. En este escenario histórico inédito, al atomizarse y fragmentarse las sociedades, existió un repliegue del individuo respecto a la familia en condiciones de conflictividad en el hogar y de pérdida de referentes emanados de la propia familia.

Ello también se expresó en la ausente capacidad de previsión respecto a la pandemia de la covid-19. Ni los Estados se dotaron de políticas públicas *ex ante*, ni las universidades siquiera estuvieron preparadas para evitar la ruptura de la relación pedagógica y de la misma construcción colectiva del conocimiento. En no pocos casos, se diluyó la memoria histórica respecto a los aprendizajes emanados de otras epidemias pasadas. A los esfuerzos de neumólogos, virólogos y epidemiólogos, resultaba preciso y urgente sumar los esfuerzos y conocimientos de grupos interdisciplinarios de investigación compuestos por especialistas en salud pública, salud mental, neurología, antropología, sociología, filosofía, ética, trabajo social, ciencias de la comunicación, pedagogía, entre otros campos del conocimiento, en aras de nutrir la *conciencia holística y crítica de especie*. Pero, ¿qué significa esa *conciencia holística y crítica de especie*? Es una praxis para (auto)concebir al ser humano como dotado de historicidad —y, por tanto, necesitado de futuro— y como parte de un todo y como un organismo o una especie expuesta frontalmente a la mortalidad, como sujeto colectivo —como parte de una especie, de un tiempo y de un espacio— que convive con otras especies en el planeta tierra y que es capaz de crear identidades y diversidades como *homo sapiens-sapiens*. Se trata, dicha conciencia, de una capacidad para aprehender la totalidad y de asumir al ser humano como primate pensante que, a su vez, es capaz de pensarse a sí mismo y de imaginar y proyectar el futuro. Al socavarse esa *conciencia holística y crítica de especie* con la crisis pandémica, en lugar de una *política de la precaución*, se privilegió una *biopolítica del miedo*, con sus respectivos dispositivos de control y disciplinamiento.

Entonces, se desestructura la memoria a medida que no se cultiva o es erosionada esa *conciencia holística y crítica de especie*; ni se tiene capacidad para imaginar y prever el futuro —como ocurrió antes del año 2019 con la posible emergencia de una nueva epidemia. De igual manera, la desestructuración de la memoria se suscita a medida que, mediáticamente, se instaló la narrativa de la «nueva nor-

malidad» y el ser humano —especialmente aquel que no fue invadido por la muerte y la desolación de la enfermedad— le dio vuelta a la página para olvidar, más pronto que tarde, el trago amargo de la pandemia de la covid-19. El mismo *consenso pandémico*, que instaló una *biopolítica del miedo* como racionalidad, se encargó de instalar una *biopolítica del olvido* y de generar la ilusión del carácter efímero de la *crisis epidemiológica global*. Siendo que, en tanto *hecho social total*, la *crisis pandémica* reciente, mostró a plenitud y dislocó el carácter inestable, regresivo y en desequilibrio de un sistema también regido por el caos, la complejidad y la autodestrucción. A su vez, la pandemia de la covid-19 transparentó añejas conflictividades y desigualdades, al tiempo que hizo aflorar otras nuevas de manera exponencial.

El carácter depredador con que se organiza el capitalismo —y su consustancial modelo de desarrollo extractivo, privatizador y rentista— está radicalizando el colapso de la especie humana hasta el extremo de posicionarnos en el sendero de una involución antropológica. Si bien no se prevé una extinción de la especie humana, lo que sí pueden perfilar crisis como la pandemia de la covid-19 es la emergencia de una cadena de recurrentes y exponenciales desajustes en el sistema que alternará etapas más pronunciadas de crisis con periodos más estrechos de estabilidad y certidumbre. Justo el carácter inédito de la reciente *crisis pandémica* es su carácter condensador y sincronizador de los múltiples colapsos y su irradiación a escala global en el marco de una sociedad de redes regida por la simultaneidad, la instantaneidad, la compresión del mundo como un todo y la transcontinentalización de las relaciones sociales.

En suma, la pandemia de la covid-19 se fusionó con los intereses creados del capitalismo extractivo y rentista para extraviar la memoria y para inhibir la reflexión analítica y el pensamiento crítico. La misma *racionalidad tecnocrática*, que hizo del dato el principal referente de la pandemia al instrumentalizar la enfermedad y la muerte, se fundamenta en el carácter efímero y volátil de la memoria. De tal modo que institucionalizar el olvido es una apuesta para degradar la memoria y trastocar las identidades humanas.

El carácter complejo de la pandemia de la covid-19 radica en que se perfiló como *hecho social total* (noción introducida por Mauss, 1924 y 1950) al impactar y desestructurar al conjunto de la sociedad. Esto significa que las dimensiones, manifestaciones e impactos de la *crisis pandémica* no sólo fueron epidemiológicos y relativos a la salud pública, sino que adoptó costuras laborales —el aceleramiento de la destrucción de puestos de trabajo tras la mayor adopción de la inteligencia

artificial, el Internet de las cosas y la robotización—, tecnológicas —la transición en el patrón energético hacia las llamadas «energías verdes» y el llamado *Green New Deal*—, políticas —la entronización de una narrativa corporal/securitaria, de la *ideología del higienismo* y del *Estado sanitizante* y los consustanciales nuevos dispositivos de disciplinamiento—, educativas —la ruptura de la relación pedagógica al abusarse de la educación a distancia—, neopsicológicas —las repercusiones emocionales, mentales y conductuales tras el trastocamiento de la relación del individuo y las familias con la enfermedad y la muerte—, geopolíticas —la crisis de la hegemonía estadounidense y la cruenta lucha entre las élites plutocráticas al interior de ese país y que se expresó en las elecciones presidenciales del 3 de noviembre 2020—, geoeconómicas —las tensiones internacionales en torno a un determinado proyecto de capitalismo, principalmente entre China y los Estados Unidos—, entre otras. La pandemia de la covid-19, como *hecho social total*, fue un macro-acontecimiento catalizador, detonante o desencadenante que adoptó —tras sujetarse a la creciente incertidumbre— una lógica zigzagueante al alternar progresos y retrocesos en su comportamiento e impactos, los cuales se extendieron al conjunto de estructuras, instituciones, mundos de la vida, formas de organización y de convivencia, estilos de vida y relaciones cara a cara en el mundo contemporáneo (sobre esta noción consúltese Enríquez, 2020a). Incluso, la pandemia de la covid-19 se interiorizó en los cuerpos, la mente, la conciencia y en la intimidad de los individuos y familias, hasta llegar a trastocar sus emociones y sus cosmovisiones y rituales en torno a la vida, la enfermedad y la muerte.

De ahí que nos atrevamos a argumentar que la *crisis pandémica* reciente representa un *cambio de ciclo histórico* por sus repercusiones en el conjunto de las estructuras sociales y en las relaciones cara a cara. Es, a su vez, un macro-acontecimiento social acelerador, transversal, condensador y retardatario del mundo fenoménico por cuanto profundiza tendencias originadas en el pasado; cruza distintas esferas de la vida social; sintetiza o articula contradicciones, desigualdades y conflictividades diseminadas a raíz del carácter excluyente del capitalismo; y por cuanto agrava las vulnerabilidades y precipita a la baja los principales indicadores que miden las posibilidades de bienestar social —de ahí su relación estrecha con el proceso de desarrollo. Todo lo anterior adquirió forma con la *gran reclusión*, el *confinamiento global* y las decisiones públicas y corporativas tomadas desde la génesis, expansión, comportamiento, gestión y finalización de la crisis epidemiológica. Más todavía: la pandemia fue parte —o bien, fungió como una agencia legitimadora— de un macro-experimento social dirigido a la reconfigu-

ración del capitalismo en el sentido de la narrativa promovida desde el 2020 por el Foro Económico Mundial de Davos a través de la iniciativa de «The Great Reset» (véase Schwab, 2020a:b y 2021; World Economic Forum, 2020).

No menos importante fue el hecho constatable de que la pandemia de la covid-19 y su consustancial *consenso pandémico*, representaron una arena donde se disputó la construcción de significaciones y la gestación y difusión de narrativas hegemónicas orientadas —en principio— al disciplinamiento de la mente, el cuerpo, la conciencia y la intimidad, y —también— a tornar funcionales los discursos y las prácticas que desde los gobiernos nacionales y locales/regionales se adoptaron para incidir en el curso de los acontecimientos y de las transformaciones emergentes.

Antes de transitar al siguiente apartado, cabe realizar dos acotaciones respecto a algunos procesos, fases históricas y nociones revisadas hasta el momento. En principio, cabe señalar que la fase actual del capitalismo se caracteriza por el carácter omniabarcador del capital monopolista a través de corporaciones que pilotean redes empresariales globales y al complejo tecnocientífico, en el contexto del despliegue irrestricto a escala plantearía de la ley general de la acumulación capitalista promovido desde las ideologías del *fundamentalismo de mercado*. En esta lógica, se exacerba la concentración y centralización del capital en un puñado de grandes corporaciones, y ello lo alcanzan mediante los procesos de megafusiones y alianzas estratégicas lubricados con la financiarización. Algunos teóricos marxistas denominan a esta fase como la *era de los monopolios generalizados* (Amin, 2013; Delgado, 2017). A su vez, esa concentración de la riqueza que tiende a radicalizarse, convive con un desproporcionado ejército de reserva del capital que padece la exclusión social, no cuenta con los medios de subsistencia ni con empleos dignos en términos de su remuneración y prestaciones sociales; coincidiendo ello con lo que el mismo Samir Amin denomina no como una crisis, sino como una *implosión del capitalismo* tras reproducirse sus contradicciones internas, pese a su propio éxito en la realización de las ganancias especulativas. La noción de *colapso civilizatorio* se fundamenta —en un primer momento— en ese desacoplamiento entre la acumulación de capital, la apropiación de la plusvalía y la exclusión generalizada de la clase trabajadora imposibilitada, incluso, de ser explotada. Más todavía, cabe sintetizar que la relación de este *colapso civilizatorio* con la pandemia de la covid-19 se centra en tres facetas que privilegiamos en el presente artículo: a) la incapacidad disfuncional de las instituciones emanadas de la modernidad europea —principalmente del Estado contemporáneo— para resolver los problemas más

acuciantes que aquejan a las sociedades nacionales y para propiciar condiciones que contrarresten la incertidumbre, de tal modo que el ciudadano extiende su desconfianza y falta de consentimiento ante estas instituciones; *b)* el hecho, constatable empíricamente, dado por la profundización de la desigualdad social y la consustancial concentración de la riqueza en 1% de la población mundial; *c)* el eclipsamiento de la noción de futuro como ideal moderno articulador de racionalidades y acciones colectivas; *d)* la erosión y socavamiento del principio de verdad y la *lapidación de la palabra* como ejes articuladores de la ciencia y de la representación y comprensión de la realidad social. Con la pandemia de la covid-19 estas tendencias históricas se exacerbaban a partir de los procesos analizados en el presente apartado y de lo que muestran los datos expuestos en siguiente parágrafo relativo a los impactos de este *hecho social total* en el comportamiento y sentido del proceso de desarrollo.

Las tendencias de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo frente al cambio de ciclo histórico suscitado por la pandemia: un panorama general inconcluso

126

La pandemia de la covid-19, a medida que adquirió alcances e impactos globales y transversales y pese a que se operó una *transición de la biopolítica del miedo a la biopolítica del olvido*, pronunció o perpetuó una deriva social, al tiempo que amplió la fractura de la sociedad contemporánea y agravó los problemas públicos que ya existían hasta antes del 2019. De tal manera que con la *crisis epidemiológica global* se gestaron nuevas desigualdades, fueron exacerbadas las existentes y emergieron nuevas conflictividades sociales.

Antes de entrar en materia para desagregar estos argumentos, cabe puntualizar que dichas desigualdades y conflictividades sociales se acentuaron a lo largo de las últimas cuatro décadas con la intensificación del modelo económico regido por la ideología del *fundamentalismo de mercado*. La profundización del capital monopolista es uno de los rasgos de la economía mundial contemporánea que condiciona la dinámica, condiciones y contradicciones del proceso de desarrollo. Cuatro son los rasgos de ese capital monopolista: *a)* la persistencia de relaciones de intercambio desigual que propician la retención de los frutos del progreso técnico en el centro en detrimento de una periferia exportadora de fuerza de trabajo barata y de insumos maquilados producidos —a través de la subcontra-

tación, el comercio intra-firma y el outsourcing— por una mano de obra precarizada y expuesta a la transferencia de plusvalía desde esos mismos enclaves periféricos que fungen como plataformas exportadoras; *b*) el despliegue irrestricto de un proceso de financiarización que hace de la especulación en los mercados financieros el mantra central del *fundamentalismo de mercado*, supeditando con ello a las inversiones productivas en aras de un capital ficticio en esencia rentista y global; *c*) la innovación tecnológica como fundamento para generar y perpetuar las ganancias extraordinarias o monopolísticas, y el mismo capital monopolista como dinamizador del cambio tecnológico; fundamentándose ello en la centralización y concentración del conocimiento especializado y de las patentes entre las corporaciones que pilotean las redes empresariales globales y entre las llamadas tecnópolis; y *d*) la práctica de una economía neo-extractiva que supone procesos de acumulación por desposesión y despojo de hidrocarburos, minerales y recursos hídricos que acrecientan las ganancias extraordinarias por la vía de la renta de la tierra y el vínculo de esas corporaciones con los mercados financieros; implicando también la concentración de tierras y materias primas por parte de las corporaciones de agronegocios (para una mayor caracterización del capitalismo contemporáneo véase Foster and Holleman, 2010; Foster, 2014; Harvey, 2014; Amin, 2013; Delgado, 2017). Hasta aquí la digresión en torno al sentido del capitalismo contemporáneo en el cual se inscribe la pandemia de la covid-19 y sus impactos en la dialéctica desarrollo/subdesarrollo. El siguiente análisis de referentes estadísticos respecto a los principales indicadores del desarrollo nos ayudarán a comprender esa relación de manera puntual.

Los principales impactos de la *crisis pandémica* recayeron en los pobres y, especialmente, en los más pobres entre los pobres, gestándose nuevas formas de vulnerabilidad, marginalidad y exclusión social. El coronavirus SARS-CoV-2 no sólo cobró la vida de casi siete millones de seres humanos desde diciembre de 2019, sino que con las decisiones públicas y corporativas que le fueron consustanciales acrecentó los márgenes de la pobreza extrema, destruyó puestos de trabajo, y la situación de hiper-desempleo que le acompañó incrementó el hambre (sutilmente denominada «inseguridad alimentaria») y las desigualdades en rubros como los ingresos familiares y los derechos humanos fundamentales; sin dejar de lado la exacerbación de la discriminación y la exclusión social padecida por migrantes, refugiados, comunidades autóctonas, trabajadores informales, mujeres y niños. Las desigualdades no sólo se exacerbaban al interior de las sociedades nacionales, sino también entre unos países y otros. La pandemia —con su consustancial

contracción del proceso económico, la ruptura de las cadenas de producción y suministro, las espirales de inflación mundial, la carestía de alimentos y las hambrunas focalizadas— significó una *fábrica masiva de pobreza, desigualdad y marginación* al retroceder múltiples de los indicadores sociales a los niveles previos de la Segunda Gran Guerra y al revertirse los avances cuantitativos de las últimas dos décadas.

Aquí algunos datos oficiales difundidos por algunos organismos internacionales y organizaciones no gubernamentales respecto a los impactos socioeconómicos de la pandemia de la covid-19 —los cuales se expondrán a partir de nuestras categorías de análisis: a lo largo del año 2020, 50% de los hogares y familias en el mundo no podía sufragar el consumo básico durante tres meses en caso de no contar o frenarse los ingresos suficientes para ese fin. Las mujeres, los jóvenes, los trabajadores autónomos y los eventuales con niveles de educación bajos experimentaron una mayor pérdida de ingreso. En tanto que 42% de las mujeres (en comparación con 31% de los hombres) cayeron en situación de desempleo; lo cual guardó una relación estrecha con la insolvencia y cierre de pequeñas empresas y de negocios informales, que son los grandes generadores de empleos en América Latina —34% de los puestos de trabajo los aporta la economía informal—, África Subsahariana —34%—, Asia Meridional —28%— y la India —80%— (sobre estos datos véase World Bank, 2022a). Categorizada por el Grupo del Banco Mundial como «una crisis única en 100 años», es de destacar que la contracción económica afectó a 90% de las economías nacionales; situación que no se experimentó ni en la Gran Depresión de la década de los treinta, ni en el resto de las crisis económico/financieras experimentadas entre 1973 y el año 2009. El mismo organismo internacional asegura que la economía mundial experimentó durante el año 2020 una contracción de 3%, en tanto que la pobreza se incrementó por vez primera en una generación (World Bank, 2022a). *La gran reclusión* y el *confinamiento global* precipitaron a la baja la demanda; en tanto que las cadenas globales de producción y suministro experimentaron una amplia ruptura, evidenciando las fisuras de los procesos de desindustrialización experimentados en Estados Unidos y Europa desde las últimas tres décadas del siglo XX.

En su informe titulado *Poverty and Shared Prosperity 2022: Correcting Course*, el mismo Banco Mundial señala que la pobreza extrema —ya no medida a partir de la percepción de 1.9, sino de 2.15 dólares al día— durante el año 2020 aumentó 11%, al transitar de 648 millones —en el año 2019— a 719 millones de seres humanos en el año 2021 —alrededor de 10% de la población mundial que sobrevive con pri-

vaciones en salud, educación, alimentación, seguridad social, agua potable y saneamiento— (World Bank, 2022b). De la supuesta convergencia de ingresos, se reconoce que con la pandemia se transitó — pese a las políticas fiscales que trasfirieron recursos de emergencia— a una *era de divergencia de ingresos*, siendo los más pobres entre los pobres quienes absorbieron los mayores costes sociales, pues los grupos sociales ubicados en el rango de 40% más bajo de la distribución de la renta, su ingreso cayó en 4% —el doble respecto a 20% de la población mundial más rica—, evidenciándose con ello un drástico incremento de la desigualdad mundial en varias décadas. El África Subsahariana concentra 60% de esa población en pobreza extrema (389 millones de habitantes), en tanto que la India sumó, al calor de la pandemia, 56 millones de personas a ese indicador. Por su parte, el indicador del Índice Mundial de Pobreza Multidimensional —comprende las mediciones monetarias convencionales, y las carencias en rubros como educación, saneamiento y condiciones de vida (vivienda, electricidad, agua potable, salud)—, diseñado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Banco Mundial y la Oxford Poverty and Human Development Initiative (OPHI), indica que para el 2019 vivían en condición de pobreza multidimensional aguda 1200 millones de habitantes, pertenecientes a 111 países subdesarrollados. Es de destacar que este indicador duplica el número de personas en condición de pobreza cuando se mide en términos de estricto ingreso monetario (UNDP y OPHI, 2022). Sin embargo, con la *crisis pandémica* se habla de un retroceso de entre 3 y 10 años en los esfuerzos por reducir la pobreza multidimensional. Para el año 2023, la pobreza multidimensional aguda la experimentaron mil 100 millones de seres humanos —o 18%— de un total de 6 mil 100 millones radicados en 110 países subdesarrollados —especialmente en regiones rurales. Es de destacar que cinco de cada seis personas que experimentan este flagelo social son del África Subsahariana —534 millones de habitantes— y de Asia Meridional —389 millones—; en tanto que 566 millones —casi 50%— de quienes se ubican en el Índice Mundial de Pobreza Multidimensional son menores de 18 años (UNDP y OPHI, 2023). Sin embargo, las mediciones aún se enfrentan a la falta de datos referidos a múltiples de los países que padecen esta situación de pobreza; lo cual dificulta —a julio de 2023— medir el impacto de la pandemia en esos indicadores.

En el caso de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), fenómenos como la pobreza económica relativa —proporción de habitantes que perciben un ingreso menor a la mediana del ingreso que alcanza su país— también se agudizaron con la pandemia de la

covid-19, al experimentarla 14.1% de los habitantes mayores de 65 años (OCDE, 2021b). Pero este dato se exacerba en sociedades como la de Corea del Sur, donde la pobreza económica relativa alcanza el 40% del total de adultos mayores de 65 años; Letonia y Estonia con 30%; y Estados Unidos, Lituania, México y Australia con 20%.

La pobreza, el hambre y el desempleo también afectó a las juventudes que rondan los 15 y los 29 años de edad. Entre los países de la OCDE la tasa de desempleo juvenil aumentó del 8.6% en el año 2019 a 11.5% hacia los últimos meses del 2020. En países como España alcanzó 30% dicho desempleo juvenil, en Grecia 31% y en Costa Rica hasta 35%. Acelerado ello por las condiciones de precariedad laboral y las contrataciones temporales que experimentan los jóvenes. En estos mismos países, las horas laboradas por jóvenes durante el segundo trimestre de 2020 se precipitaron en 26%. Mientras que los jóvenes de esa edad sin posibilidades de estudios y sin oportunidades laborales aumentaron en 2.9 millones en la misma OCDE; lo que representa un incremento de 12% hacia finales del 2020. Las encuestas aplicadas por la misma OCDE (2021a), indican que al inicio de la *crisis epidemiológica global* 36% de los jóvenes declararon dificultades económicas en su día a día.

El porcentaje de niños en situación de pobreza multidimensional transitó a nivel mundial de 47% en 2019 a 52% hacia el 2021, lo que significa un incremento de 100 millones de niños; en tanto que 23 millones de infantes no recibieron el cuadro básico de vacunas —4 millones más que durante el 2019— (UNICEF, 2021).

Por su parte, la organización no gubernamental Oxfam-Intermón, en su informe del año 2023 titulado *La ley del más rico*, señala que 1% de la población más rica acumula casi dos terceras partes de la nueva riqueza producida en el mundo entre diciembre de 2019 y diciembre de 2021 y que asciende a los 42 billones de dólares. Esa cantidad es el doble que lo ingresado por 99% de la población mundial en ese mismo periodo (Oxfam/Intermón, 2023). Sólo por contar con otra referencia temporal, la misma Oxfam señaló que en 2014, 1% más rico concentró 48% de la riqueza mundial, en tanto que 99% del resto de la población mundial se repartió 52% de esa riqueza (Oxfam, 2015).

En el ámbito de la educación, el grupo del Banco Mundial, en su informe titulado *Collapse & Recovery. How COVID-19 eroded human capital and what to do about it*, señala que a lo largo de la pandemia los infantes en edad preescolar vieron reducidos en 34% sus aprendizajes en lengua y alfabetización iniciales, y en 29% los aprendizajes referidos al razonamiento matemático (Schady, Holla, Sabarwal, Silva, and Yi Chang, 2023). Hacia finales del 2021 no sólo no se recuperó la ma-

trícula estudiantil a raíz de la deserción escolar, sino que también en múltiples países los niños experimentaron el hambre a lo largo de la *crisis pandémica* y los retrocesos en cuanto a sus procesos de aprendizaje.

En los niveles de educación básica, los cierres de las escuelas y las ineficaces —o, incluso, nulas— medidas de educación a distancia condujeron a lentos o nulos procesos de aprendizaje entre los niños y adolescentes; por no decir que se experimentó un olvido de los conocimientos previamente logrados. El mismo informe del Banco Mundial reconoce que en los países subdesarrollados mil millones de niños experimentaron la pérdida de un año en cuanto al ejercicio de la relación pedagógica presencial; mientras que 700 millones de niños padecieron el alejamiento de las aulas durante un año y medio (Schady, Holla, Sabarwal, Silva, and Yi Chang, 2023). Los impactos de ello son múltiples, pero en materia de pobreza de aprendizajes se calcula que 70% de los infantes con 10 años de edad no cuentan con habilidades para la comprensión de lectura. De tal modo que el mismo organismo internacional reconoce —en sus estrechas nociones— una situación de *colapso masivo del capital humano*, afectando ello las edades de florecimiento de niños y jóvenes. Situación que se constata con la información proporcionada al informe por países como Sudáfrica, Vietnam, Etiopía, Brasil, Pakistán y México, en los que se expresa que 25% de los jóvenes no tuvo acceso a educación, capacitación y empleos hacia el año 2021 (Schady, Holla, Sabarwal, Silva, and Yi Chang, 2023).

Por su parte, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), calculó que, para el año 2022, la población en edades entre los 6 y los 18 años que se encontraba sin escolarizar ascendió a 244 millones de personas, en tanto que el 43% no contaba con acceso a la Internet en casa (UNESCO, 2023a:b). Sólo para el caso de los Estados Unidos, otros estudios calcularon que más de 3 millones 97 mil jóvenes pertenecientes a estratos sociales bajos no contaron, entre marzo y octubre de 2020, con alguna educación formal —sea presencial o a distancia—, de tal manera que conformaron un contingente denominado como de los *marginados educativos* o de los *estudiantes desaparecidos* (Korman, O’Keefe and Repka, 2020).

Focalizando la mirada a América Latina, el mismo PNUD y el Grupo del Banco Mundial, en su informe *Una recuperación desigual: tomando el pulso de América Latina y el Caribe después de la pandemia*, estiman que la tasa de empleo cayó 11% respecto al año 2019 al ubicarse en 62%. Pero ello no se detuvo allí, pues la calidad del empleo se precarizó al caer la formalidad laboral en 5.3%, los empleos autó-

nomos aumentaron en 5.7% y la fuerza de trabajo empleada en microempresas de cuatro empleados se incrementó 8%. En general, 28% de los trabajadores que contaban con empleo al 2019 lo perdieron, y ello afectó especialmente a las mujeres madres de familia con hijos de entre 0 y 5 años, pues 40% de las mujeres mayores de 18 años cayó al desempleo con la pandemia; pero también estos impactos los resintieron los trabajadores con menores credenciales escolares: aquellos con educación primaria o menos quedaron desempleados en 35%, mientras que aquellos con educación secundaria alcanzaron 28% del total de su rango, y aquellos con educación de bachillerato y superior perdieron su empleo en 19%. Esto es, hacia finales del 2021, uno de cada cuatro habitantes que perdió su empleo en tiempos de pandemia no lo había recuperado; en tanto que la informalidad laboral transitó de 48% —en 2019— a 53% —en 2021. Otros datos del informe indican que, pese a que 38% de los hogares recibieron transferencias monetarias directas desde sus respectivos gobiernos, 48% de las familias no recuperó los ingresos que logró alcanzar para el año 2019. Fenómenos como el hambre, hacia el 2021, aún lo padecían 23.9% de los hogares latinoamericanos, siendo el doble que lo sucedido en el año 2019. Aunque 86% de los niños en edad escolar recibían, para finales del 2021, atención educativa, sea de manera presencial o a distancia, la escolaridad no alcanzó los estándares registrados antes de la pandemia, y sólo una cuarta parte de los estudiantes habían retornado a la escuela de manera presencial (Banco Mundial y PNUD, 2021).

Los anteriores referentes estadísticos —aunque conservadores y no del todo completos— evidencian que la pandemia de la covid-19, en tanto crisis global, sistémica y transversal que afectó y afectará las estructuras socioeconómicas mundiales y la misma dinámica de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo, funge como un acelerador de las contradicciones consustanciales al carácter privatizador, extractivista, rentista y especulador del capitalismo contemporáneo. De ahí que la dialéctica desarrollo/subdesarrollo de cara a la *crisis pandémica* es atravesada por la agudización de la desigualdad social e internacional, marcándose una relación estrecha entre estos fenómenos. Por una parte, la fragilidad de la sanidad pública y de los sistemas de seguridad y protección social evidenció las secuelas de su *privatización de facto* y la lógica excluyente que les caracteriza en los países subdesarrollados y que potenciaron la vulnerabilidad de ancianos, mujeres, niños, jóvenes y trabajadores que laboran en la informalidad; especialmente de aquellos que viven en los contornos de la pobreza y la marginación.

La inflación de los precios de los energéticos, las materias primas y de los

alimentos —particularmente de los cereales— desde 2021, se traduce en una mayor concentración de la riqueza y en un amplificador de las brechas de desigualdad entre individuos y entre países. En su punto más alto —marzo y mayo de 2022, en medio del nudo geopolítico ucraniano—, en el índice de precios de alimentos el trigo alcanzó un alza de 238.26%, el maíz 214.32%, y el arroz 130.36%; en tanto que el petróleo alcanzó 226.09% (IMF, 2023b). Este *retorno de las espirales inflacionarias* se evidenció con una inflación mundial general de 3.5% durante 2021 y de 8.8% para el año 2022 (datos difundidos en IMF, 2023a). Pero ello se amplifica cuando se coloca la mirada en la inflación experimentada en las distintas regiones: si bien el África Subsahariana alcanzó una inflación anual de 8.5% durante el 2022, economías como Zimbabue alcanzaron 104.7% y Sudan 138.8%; por su parte, América Latina tuvo una inflación de 7.7% durante 2022, pero economías como la venezolana mostraron una inflación de 254.9%, y Argentina alcanzó 73.43% —aunque la elevó a 121.67% en el 2023—; Estados Unidos incrementó su inflación a 8%; mientras que el bloque de la Unión Europea situó este indicador en 8.8% en 2022 —2.6% en 2021—; y economías como la de Turquía tuvo en el 2022 una inflación de 72.31%. Lo que se observa en estos datos proporcionados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial es un retroceso macroeconómico que remite a la economía mundial de hace cinco décadas, con consecuencias regresivas en los hogares pobres y en la clase trabajadora.

La gran reclusión y el confinamiento global aceleraron el colapso de la economía mundial gestado desde el 2008/2009. Abonado ello a la crisis estructural de larga gestación y duración del capitalismo. No menos importante en ese escenario es la convergencia de ello con la decadencia de la hegemonía de los Estados Unidos como articuladora del sistema mundial y la cruenta lucha entre las élites plutocráticas de ese país, cuya expresión más acabada se suscitó en la elección presidencial del pasado 3 de noviembre de 2020, y que coloca a la unión americana al borde de una guerra civil.

Al tomar en cuenta estos indicadores y estadísticas preliminares sobre los múltiples impactos de la *crisis pandémica*, cabe argumentar —incluso más allá de la *obsesiva y compulsiva fetichización del dato* y del *extravío de la memoria histórica* propias de la *racionalidad tecnocrática*— que las decisiones públicas y empresariales que le dieron forma a la pandemia de la covid-19 como *hecho social total* crearon una realidad mundial signada por la radicalización de la *desigualdad extrema global* y de la re-concentración de la riqueza, así como por la acumulación por desposesión y despojo —las grandes transferencias públicas a corporaciones y bancos

privados son sólo una muestra de ello—, y el *avasallamiento sistemático de las clases trabajadoras* y una guerra contra los pobres al exponerles al híper-desempleo y a la contracción de sus ingresos, hasta perfilar lo que podríamos denominar como una *transición hacia una sociedad de las vidas prescindibles* o *sociedad de los prescindibles* (pobres, ancianos, niños, trabajadores manuales, enfermos y discapacitados, precariado, trabajadores informales, los «sin techo» y los «sin agua»). Más aún, los náufragos o víctimas de la pandemia fueron múltiples, en buena medida propiciados por las *ausencias, inoperancia y postración del Estado*. Justo en todo ello es posible rastrear la relación entre la *crisis pandémica*, el *colapso civilizatorio contemporáneo*, la radicalización de las contradicciones del capitalismo, y el mismo proceso de desarrollo.

Al crearse un «enemigo» imaginario representado por el coronavirus SARS-CoV-2, se instaló un «estado de guerra permanente» en la gestión de la *crisis pandémica*, que reforzó la *negligencia histórica del Estado* en el marco del socavamiento, desmantelamiento y privatización de facto de los sistemas de sanidad pública. Las políticas de ajuste y cambio estructural de las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado exacerbaban el colapso de legitimidad de los Estados en distintas latitudes, pero con la pandemia de la covid-19 se adoptó la *ideología del higienismo* hasta el extremo, en no pocos países, de implantar, en la *era del capitalismo de vigilancia* (noción esta última introducida por Zuboff, 2019), una *distopía de la sociedad de control biototalitario* que perfiló un consentimiento de un Estado fuerte, intrusivo y omnipresente, haciendo de la pandemia un dispositivo biopolítico para el control de las mentes, los cuerpos, la conciencia y la intimidad. En medio de un *asalto a la intimidad y a la libertad*, este *Estado sanitizante o higienista* privilegió una racionalidad profiláctica en sus intervenciones e instrumentos improvisados de política pública. Sin embargo, pese a ese *Estado biotecnotalitario de excepción* que, particularmente, se suscitó en Europa y en múltiples países asiáticos, se profundizó con la pandemia una fragmentación de las relaciones internacionales y de la cooperación interestatal.

Con la *ideología del higienismo* la *crisis epidemiológica global* se acompañó de la configuración de inéditos rasgos del Estado, que si bien no se desprende del *fundamentalismo de mercado*, tampoco logra revertir plenamente su colapso de legitimidad, sus ausencias, inoperancia y postración evidenciadas con el cambio de modelo económico desde la década de los ochenta del siglo XX. Esos rasgos se concretan en lo que podría ser el *retorno al leviatán* a través de la instauración del matizado régimen *biotecnotalitario*, así como de la referida emergencia de un

Estado sanitizante. Ello, sin duda, trastoca y trastocará el comportamiento y dinámica de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo tras reconfigurar las funciones estratégicas del Estado y sus mecanismos de intervención en la vida social.

En general —y luego de analizarse los datos que expresan los impactos de la *crisis epidemiológica global*—, cabe argumentar que la pandemia de la covid-19 evidenció una radicalización de la *era de la incertidumbre*; al tiempo que dinamita las aparentes certezas en las cuales creímos vivir y sobre las cuales nos organizamos como sociedades. La misma ciencia, a su vez, contribuyó en esos años a la entronización de este *vértigo de la incertidumbre*, engrosando ello la vorágine de la *construcción mediática del coronavirus* y de la *industria del pánico global*. A su vez, la *crisis pandémica* evidenció que aquellos sistemas teóricos que se asumieron como capaces de brindar cierta predictibilidad, se tornaron, en sí, carentes de sustancia de cara a una exacerbación de la *crisis civilizatoria sistémica y ecosocietal*.

Cabe también argumentar que las rupturas históricas que acompañaron a la pandemia gestaron rupturas epistemológicas relacionadas con el agotamiento de las narrativas que a lo largo de las últimas décadas le dieron forma a los estudios del desarrollo. Estas narrativas no fueron capaces de prever la emergencia de nuevas desigualdades extremas globales y de inéditas formas de vulnerabilidad social que se gestaron con la pandemia en tanto *fábrica masiva de exclusión, pobreza y pauperización social*.

La pandemia desestabilizó, una vez más, el *axioma dogmático del progreso* y su *ilusión etnocéntrica* dotada de una concepción lineal de la historia. Siendo ello una de las manifestaciones del *colapso civilizatorio contemporáneo*, pues la pandemia posiciona a la humanidad ante el carácter finito, fetichizado, antagónico y regresivo del progreso.

Más aún: durante la *crisis pandémica* los debates teóricos y políticos continúan entrampados en la falsa disyuntiva Estado versus mercado. Y justo la pandemia fue un botón de muestra que nos obliga a trascender estos falsos debates y a (re) pensar nuevas formas de relacionar ambas macroestructuras institucionales a partir del redimensionamiento de los argumentos, conceptos y categorías. Ello explica la recurrencia al híper-endeudamiento de los sectores públicos en el mundo.

Los estudios del desarrollo ante desafíos y oportunidades abiertas por la *crisis pandémica*

Si la pandemia de la covid-19 fue la expresión contemporánea de una *crisis civilizatoria, sistémica y ecosocietal* de larga gestación y duración, con múltiples impactos en distintas dimensiones y esferas de la realidad social —de ahí su carácter de *hecho social total*—, cabe argumentar que con fenómenos como la *tergiversación semántica* y con la instauración de una *biopolítica del miedo* desde la cual se transitó a una *biopolítica del olvido*, se radicalizó la *crisis de sentido* y el *extravío del pensamiento crítico* en el mar de la *crisis pandémica*.

Por una parte, la entronización de una *biopolítica del miedo* se impuso a una *política de la precaución* que partiera de la consideración de las múltiples manifestaciones e impactos de la pandemia. Esa *biopolítica del miedo* se instaló en la mente, los cuerpos, la intimidad y en la conciencia de los individuos y familias, mermando su capacidad para ejercer el pensamiento crítico y un imaginario del futuro como proyecto signado por la esperanza y la capacidad para construir alternativas de sociedad. Más todavía: el miedo se difundió como eje rector de las decisiones —sean públicas, familiares o individuales— y de la acción social y como un principio de (in)movilización de la sociedad. A partir de esa *biopolítica del miedo* se afianzó la seguridad por encima de la misma noción y praxis de la libertad, al tiempo que fue la base de la subjetivación y de los renovados dispositivos de control adoptados en el contexto de la *crisis pandémica*. Con esta *biopolítica del miedo* se vertebraron las relaciones sociales —y, particularmente, las relaciones cara a cara— a partir de la exacerbación de la vulnerabilidad humana ante el nuevo coronavirus.

El miedo a infectarse, a enfermarse —a «ser un apestado»— y a morir, se arraigó en la racionalidad de los individuos a lo largo de los años 2020 y 2021; pero súbitamente se transitó a una *biopolítica del olvido* con la irradiación de la llamada «nueva normalidad» y del «dar vuelta a la página» —tal como lo plantearon amplios sectores de asociaciones médicas—; incluso gobiernos como el de España propugnó por la «gripalización de la covid-19», y —tal como lo postuló el gobierno del Reino Unido— por una «transición de la pandemia a la endemia». El *síndrome del borrón y cuenta nueva* se impuso sin considerar a cabalidad los múltiples impactos de la *crisis pandémica*, hasta el extremo de obviar escenarios relativos a futuras epidemias. Instalado el olvido en el debate público, se desvaneció la atención pública a esos impactos múltiples de la *crisis epidemiológica global*; especialmente de aquellos invisibilizados como los neuropsicológicos; los rezagos educativos entre niños, adolescentes y jóvenes; las secuelas de la soledad entre los ancianos abandonados; el patrón de alimentación y consumo; y, en general, la pauperización

de amplios estratos sociales de la población mundial —tal como se observó en el apartado anterior. Parte de esa *biopolítica del olvido* es el socavamiento de la memoria histórica y colectiva y el mismo eclipsamiento del análisis estructural del capitalismo que, especialmente, predomina en los estudios del desarrollo o en la economía del desarrollo apegados a la teoría económica neoclásica y al nihilismo posmoderno.

De ahí que los estudios del desarrollo sean interpelados por estas tendencias y llamados a incorporar en sus corpus teóricos la reflexión en torno a una *política de la precaución* en aras de alejar —a través del *pensamiento utópico*— la incertidumbre, la desesperanza, el miedo, el pánico y el disciplinamiento del cuerpo, la mente y la conciencia. Esto significa cultivar una precaución crítica, activa y anticipatoria que centre su énfasis en los cuidados y en la reivindicación del sentido de esperanza y de futuro como parte de un escenario más amplio signado por la reorganización de las sociedades humanas y de sus cotidianidades. De ahí la relevancia de potenciar la reivindicación del sentido de comunidad y los mecanismos de cohesión social rotos por la referida *biopolítica del miedo*. Más todavía: la autonomía de las comunidades será relevante al momento de focalizar la mirada en las problemáticas sociales particulares radicalizadas con la *crisis pandémica*. Esta *política de la precaución* supone vertebrar nuevas reflexiones y teorizaciones sobre capitalismo y el Estado desde los estudios del desarrollo, trascendiendo la falsa disyuntiva de «más Estado o más mercado». En estos ejercicios, más allá de una retórica de buenas intenciones y de privilegiar un *deber ser*, es preciso conjugar el pensamiento anticipatorio respecto a la reincidencia de las pandemias, la prioridad de los cuidados —con especial énfasis en los ancianos, los infantes y las personas discapacitadas física y mentalmente—, el análisis de las nuevas funciones del Estado, y las posibilidades de alternativas de sociedad que condensen estos aspectos referidos.

Ante el *miedo pandémico* —el relacionado con la covid-19 y con las posteriores crisis sanitarias— esa *política de la precaución* esbozada desde los estudios del desarrollo, supone, además de un mínimo sentido de esperanza, reconocer en las decisiones públicas las facetas epidemiológicas y orgánicas del coronavirus SARS-CoV-2 y las amenazas reales que supone para los organismos humanos —sobre todo para aquellos que padecen co-morbilidades (obesidad, diabetes, hipertensión, enfermedades cardiovasculares, etcétera).

Los mismos estudios del desarrollo están llamados a reconocer que toda posibilidad de análisis prospectivo corre el riesgo de ser volatilizado con el comportamiento adoptado en su momento por el *implacable paso del huracán pandémico*

y por el carácter recurrente que asumirán las epidemias en las siguientes décadas. De ahí que sea necesaria en los estudios del desarrollo la capacidad de previsión y de prevención en todos los ámbitos de la realidad social, postulando incluso varios escenarios acordes con ese carácter volátil e incierto que asumen los acontecimientos en las sociedades contemporáneas expuestas a cambios acelerados y vertiginosos. Tampoco se trata que ese ejercicio del pensamiento anticipatorio se convierta en un corsé determinista en los estudios del desarrollo, sino que dichos escenarios prospectivos representen una mínima orientación versátil respecto a los acontecimientos futuros.

Este carácter volátil e incierto de macroacontecimientos como la pandemia de la covid-19, induce a los teóricos del desarrollo a reconocer que —en tanto *hecho social total*— no adoptó, en su comportamiento y tratamiento, una lógica lineal ni progresiva, sino una dinámica regresiva, zigzagueante, dotada de altibajos y expuesta a inercias distantes del equilibrio. Aquí cabe hacer dos anotaciones que complementan este argumento: *a)* los márgenes del azar son amplios de cara a lo anterior y, por su parte, las decisiones públicas corren el riesgo de reincidir en la improvisación, el error y la inoperatividad a raíz de los impactos derivados de esos acontecimientos que ni por asomo adoptan un comportamiento lineal ni cercano al supuesto del llamado equilibrio; y *b)* lo que evidenció la *crisis epidemiológica global* fue el hecho de que aquellas medidas que son efectivas o eficaces para un día, una semana o en el corto plazo, dejaron de serlo para el futuro inmediato o para otros territorios donde se replican los mismos problemas públicos. De ahí el imperativo en el análisis de políticas públicas y la toma de decisiones de reconocer en sus estudios los márgenes de incertidumbre que abren los acontecimientos en ciertas coyunturas.

Los estudios del desarrollo precisan de un distanciamiento respecto a las perspectivas neoclásicas y convencionales de la economía del desarrollo en aras de una comprensión de las megatendencias aceleradas con el *consenso pandémico*, la *gran reclusión* y el macro-experimento que ambos evidenciaron. Entre esas megatendencias precipitadas destacan el encauzamiento de la intrincada conflictividad social que subyace en las nuevas *desigualdades extremas globales* —cuya expresión empírica aflora en los datos expuestos en el apartado anterior—; así como aquellas tendencias relacionadas con la reestructuración del patrón de acumulación, el comportamiento inédito del capital monopolista contemporáneo, y la dinámica y fragmentación del sistema mundial. Esto supone comprender las nuevas desigualdades y la emergencia de renovadas conflictividades sociales, así como las formas en que los poderes

fácticos las tornan funcionales. Cabe reconocer que una certeza innegable es que la intensa conflictividad estará presente en los siguientes años y décadas, y que ésta afectará a aquellos territorios dotados de menor densidad y solidez institucional, o bien, en aquellos asediados por la *crisis de Estado*.

De ahí la atención que es necesario prestar a estrategias como el llamado *The Great Reseat (el Gran Inicio o Reseteo del capitalismo)* promovido por el Foro Económico Mundial de Davos (véase Schwab, 2020a:b y 2021; World Economic Forum, 2020). Esa iniciativa evidenció a la pandemia de la covid-19 como parte de un macroexperimento social sujeto a las prioridades de este Foro en aras de promover la reconfiguración funcional del capitalismo. En ese sentido, la *crisis pandémica* se mostró como un fenómeno acelerador y condensador de distintas dimensiones del mundo contemporáneo, puesto que extendió tendencias que emergieron en el pasado reciente y amalgamó diversas contradicciones y problemáticas mundiales, nacionales y locales que tienen su génesis en las desigualdades y en la vulnerabilidad precipitadas por el carácter asimétrico y excluyente del capitalismo. De ahí que los estudios del desarrollo estén llamados a comprender e interpretar los cambios en el patrón tecnológico y energético y sus impactos en el campo laboral y educativo; las transformaciones en las funciones del Estado y la emergencia de nuevos dispositivos de control de los individuos y las familias; las manifestaciones geopolíticas dadas por la crisis de la hegemonía estadounidense y la emergencia y expansión de China como retador hegemónico en el sistema mundial; así como los impactos conductuales y emocionales de la pandemia de la covid-19.

Cabe puntualizar también que la crisis estructural y sistémica del capitalismo contemporáneo adopta megatendencias de larga duración que se nutren de un sinfín de acontecimientos coyunturales que moldean a la economía mundial, la conflictividad y la política internacional, la seguridad plantearía, la gestación de una institucionalidad global, y a las nuevas funciones del Estado en tanto macroestructura institucional y arena donde se disputan intereses creados, narrativas y el control de significaciones. A su vez, estudiar estas megatendencias implica comprender en perspectiva histórica la reconfiguración de las estructuras de poder, dominación y riqueza, y sus manifestaciones e impactos en las instituciones, los derechos, las libertades, las prácticas, las relaciones sociales, y la cotidianeidad de los ciudadanos. De ahí que los estudios del desarrollo estén llamados a no omitir el análisis escrupuloso de esas megatendencias y a perfilar la oportunidad de (re) construir sus narrativas a partir de la actualización de la identificación, estudio y comprensión de las contradicciones sociales, las nuevas formas de la desigualdad

social e internacional, y la intersección de la salud, los cuidados y el conjunto de las praxis sociales. La pandemia sinceró, transparentó y desveló un sinfín de contradicciones que anteriormente fueron soterradas, disimuladas, encubiertas, invisibilizadas y silenciadas por el pensamiento hegemónico y la *racionalidad tecnocrática*. Frente a ello, las ciencias sociales tuvieron ante sus miradas un torrente de acontecimientos entrelazados con la crisis sanitaria que incitaron a ser nombrados o a *ponerle nombre al silencio*. De cara a ello, la *urgencia de pensar en tiempo real* sería un primer paso para abordar ese desafío de las ciencias sociales y para atender lo imprevisto o impredecible de los acontecimientos en la sociedad contemporánea (un ejemplo de este ejercicio se observa en Enríquez, 2020a).

En este ejercicio académico, tanto las ciencias sociales en general como los estudios del desarrollo en lo particular, precisan de la capacidad para reconocer las especificidades y el carácter *sui géneris* de cada sociedad y de cada territorio en donde se suscitó el *implacable paso del huracán pandémico*. Ello sin subestimar la densidad institucional de las distintas sociedades que experimentaron sus efectos negativos. Voltar la mirada a la región, al municipio y a los espacios locales en general, sería una prioridad para cumplir con ese propósito, pues es en esas escalas territoriales donde se expresan de manera acabada los impactos de los fenómenos y procesos globales y las aristas que adoptan en la cotidianidad de las comunidades, familias e individuos.

Los estudios del desarrollo, aún después de declarada oficialmente la «nueva normalidad» en torno a la *crisis epidemiológica global* y tras ser instlada la *biopolítica del olvido*, bien podrían contribuir a una *teoría y política de la pandemia y de la era post-pandémica*. Se trata de un ejercicio académico desplegado por equipos de investigación capaces de dotarse de miradas interdisciplinarias (un ejemplo se observa en Enríquez *et al.*, 2015), así como de una vocación por la *autonomía epistémica o cognitiva* o por el despliegue del pensamiento y la construcción del conocimiento alejados del etnocentrismo. A su vez, supone (re)pensar colectivamente en el tipo de decisiones públicas y de estrategias que se necesitan para hacer frente a los cambios propios de macro-acontecimientos como la pandemia de la covid-19, adoptando en todo momento las distintas aristas del pensamiento anticipatorio y del *pensamiento utópico*. Esta *teoría y política de la pandemia y de la era post-pandémica* representa un desafío no sólo técnico y relativo a la gestión de los problemas públicos, sino también un desafío político/ideológico e, incluso, teórico/epistemológico por cuanto se precisa ponderar los alcances, vigencia, validez y limitaciones de los conceptos y categorías que utilizamos para comprender, explicar e

interpretar la realidad social. El conocimiento y los saberes razonados son un ingrediente sustancial para ello, pero más relevante lo es la apertura y capacidad de las sociedades para construir nuevos pactos sociales acordes a las especificidades, problemáticas, necesidades y urgencias nacionales y locales (al respecto véase Enríquez y García, 2023).

Cabe puntualizar que ese ejercicio de la investigación interdisciplinaria precisa fundamentarse desde la economía política para que los estudios del desarrollo interioricen en sus corpus teóricos la crítica al capitalismo, a sus contradicciones históricas y al *colapso civilizatorio* que le es consustancial. La noción de totalidad —como la esbozada por Karl Marx en la *Introducción general a la crítica de la economía política de 1857*— también es crucial para alejar la fragmentación del estudio de la realidad social que promueve la misma teoría económica neoclásica y las filosofías y sociologías posmodernas. El marxismo —aunque no sólo esta tradición de pensamiento— puede contribuir a la reconstrucción crítica de la realidad social a partir de sus aportes teóricos y epistemológicos a la investigación interdisciplinaria; sin embargo, también es relevante el diálogo creativo y la integración crítica de diferentes perspectivas teóricas más allá del simple eclecticismo en aras de perfilar un ejercicio de pluralismo teórico que erosione las barreras entre una corriente de pensamiento y otra, entre una disciplina académica y otra.

En suma, los estudios del desarrollo precisan de una incorporación y ejercicio permanente del pensamiento crítico en aras construir renovados sistemas teóricos atentos al cambio histórico y de reinventar la imaginación del futuro y la construcción de alternativas de organización social. Más urgente es ello de cara al cisma en distintos frentes que dejó la pandemia de la covid-19 y ante los desafíos que abre la *era post-pandémica*.

Los avatares del pensamiento crítico en la capacidad para imaginar el futuro y en la emergencia de la era post-pandémica

La pandemia de la covid-19 evidenció procesos de desestructuración de la sociedad contemporánea; al tiempo que acentuó las *desigualdades extremas globales* y condujo a la emergencia de nuevas conflictividades sociales aún por suscitarse y definir durante los siguientes años y décadas en sus manifestaciones y alcances. Instaló también una defenestración de la palabra y de la memoria

histórica y colectiva al tornar efímeros los acontecimientos que se sucedían cotidianamente, sin mediar en ello un ejercicio reflexivo de largo aliento.

A su vez, la *crisis pandémica* y la manera en que fue gestionada a escala mundial, cuestionó la manera en que los individuos y sociedades conviven, se organizan y despliegan su *ser y estar en el mundo*. Como las ciencias sociales se interesan por ello en sus investigaciones, los estudios del desarrollo están llamados a comprender críticamente las manifestaciones, alcances y contradicciones respecto a la manera en que vivimos y convivimos en sociedad a partir de los impactos de la pandemia. A la práctica indolente de contar muertos e infectados de covid-19 y que se instaló a lo largo de la *crisis pandémica*, es importante anteponer la reivindicación del debate en torno a la ciencia, su sentido y sus pretensiones en la búsqueda o no de la verdad. La ciencia como praxis fue puesta contra la pared ante el desafío (des)civilizatorio entrañado en la pandemia, pues la racionalidad científica fue reducida a una especie de *aritmética de la muerte* y a una búsqueda de la eficiencia en la gestación y difusión masiva del dato. De tal manera que la *racionalidad tecnocrática* raptó toda construcción de significaciones y eclipsó toda posibilidad de interpretación en torno al sentido de lo social, de la vida y de la muerte de cara al nuevo coronavirus y al *mundo post-pandémico*. Entonces, las ciencias sociales están llamadas a hacer un despliegue extremo del pensamiento crítico para desentrañar sus alcances y limitaciones en torno a un *hecho social total* como el referido.

En esa lógica, los estudios del desarrollo precisan de la reivindicación del pensamiento crítico en aras de desentrañar el sentido de las sociedades contemporáneas ante las distintas crisis que germinan desde sus contradicciones y, a su vez, que asedian a dichas colectividades. Será fundamental centrar las miradas en el hecho de que el coronavirus SARS-CoV-2 no sólo fue un desafío para la salud y la vida de los organismos humanos, sino también una disrupción y desestructuración respecto a las mismas instituciones —que evidenciaron abiertamente sus múltiples colapsos y desfases—, el conjunto de las estructuras sociales, las mismas formas de organización de la vida en colectividad, la cotidianeidad y las prácticas de las comunidades, los imaginarios sociales, e incluso respecto a la propia construcción del futuro.

Entonces se precisa que desde los estudios del desarrollo estas miradas sean interdisciplinarias y que reivindiquen la crítica radical al capitalismo. Más allá de mostrar cifras o datos en torno a la pandemia o de ofrecer posibles soluciones paliativas, la urgencia en su momento —e, incluso, hoy día transcurrida la *crisis epidemiológica global* y al fragor de sus múltiples impactos, percibidos o no, pade-

cidos o no— consistía en dotar a las comunidades humanas de reflexiones filosóficas, análisis históricos, interpretaciones sociológicas, explicaciones económicas críticas, etnografías, cartografías sociales, metáforas poéticas, y creaciones y representaciones artísticas de todo tipo, en aras de imaginar, fabular y comprender el sentido de la vulnerabilidad humana, el miedo y de la dinámica volátil abierta por la muerte, la tragedia y el drama humanos. El ejercicio del pensamiento crítico precisa de trazos transversales al conjunto de las ciencias, las humanidades, las tecnologías y las bellas artes, porque sólo de esa forma serán aprehendidos la totalidad y el carácter complejo de la *crisis pandémica* y el despliegue de la *era post-pandémica* en el marco del *colapso civilizatorio contemporáneo* y de la crisis estructural y sistémica del capitalismo.

Si la investigación interdisciplinaria y el pensamiento crítico logran una simbiosis, entonces los estudios del desarrollo potencian sus posibilidades para trascender las limitaciones que impone el conjunto del pensamiento hegemónico y neoconservador, el nihilismo posmoderno, la economía neoclásica, la *racionalidad tecnocrática*, el negacionismo y la post-verdad, y el etnocentrismo propio del *poder epistémico* de los organismos internacionales. Una primera veta creativa proviene de lo más fecundo del pensamiento crítico latinoamericano y de sus múltiples posicionamientos de cara a los conocimientos e ideologías convencionales, incluso en el contexto de la pandemia de la covid-19. Conceptos y categorías como heterogeneidad estructural, intercambio desigual, condición periférica, dependencia, colonialismo interno (Pablo González Casanova), marginalidad social (José Nun), autoritarismo, subjetividad política (Norbert Lechner), colonialidad del poder y *patrón colonial del poder* (Aníbal Quijano), analéctica (Enrique Dussel), entre otros, podrían contribuir a comprender las nuevas desigualdades y conflictividades sociales, así como las múltiples crisis del mundo contemporáneo y el *colapso civilizatorio* que le es consustancial al capitalismo.

Cabe apuntar que el pensamiento crítico latinoamericano, a lo largo del tiempo, adquirió identidad y *autonomía epistémica o cognitiva* a través de un ejercicio colectivo de cuestionamiento del poder en cualquiera de sus formas y manifestaciones, así como del carácter excluyente y desigual del capitalismo y la evolución del intervencionismo estadounidense; no sin omitir el estudio de las causas profundas y las formas en que se expresan las distintas crisis en las sociedades latinoamericanas. Este ejercicio del análisis de las estructuras de poder supone diseccionar al Estado y sus contradicciones gestadas o profundizadas con la *crisis pandémica* y la emergencia del *mundo post-pandémico*. Y, en ese sentido, distanciarse

de los esquemas mentales arraigados con el *fundamentalismo de mercado*, el *individualismo hedonista* y el consumismo que le es inherente. Si algo entronizó la pandemia de la covid-19 —justo a raíz de la *biopolítica del miedo*— fue la atomización de las colectividades y la retracción del sentido de comunidad. Más todavía, el miedo se instaló no sólo como dispositivo de control y disciplinamiento, sino también como mecanismo encubridor de las nuevas formas de explotación —incluso extendidas a las alabadas prácticas del *home office*—, dominación, discriminación, clasismo y exclusión social.

Los estudios críticos del desarrollo precisan también de comprender los rasgos renovados que adoptó el fascismo en el curso de la pandemia y en los años posteriores a ésta. A lo largo de la *crisis pandémica* se instalaron mecanismos de censura que inhibieron toda posibilidad de debatir y difundir masivamente las causas profundas respecto a la nueva enfermedad y a las facetas múltiples que evidenció esta crisis en las distintas sociedades. El problema público fue monotematizado y fueron silenciadas e invisibilizadas aquellas voces y posturas divergentes respecto al *consenso pandémico* instalado desde los gobiernos y los *mass media*. La misma *biopolítica del miedo* contribuyó a la *tergiversación semántica*, a la *lapidación de la palabra* y a la instalación de perspectivas monolíticas, sectarias y excluyentes. Tanto el *consenso pandémico* como el negacionismo crearon una falsa polarización en el contexto de la pandemia de la covid-19, que encubrió e invisibilizó las principales problemáticas mundiales —y sus causas histórico/estructurales profundas— aceleradas con la *crisis epidemiológica global*. Muestra de esa falsa polarización de corte fascista son las confrontaciones facciosas, nacionalistas y sin fundamento en torno al origen del nuevo coronavirus; a los rasgos, procedencia e impactos de las vacunas; o el carácter bélico que asumieron los gobiernos y políticos en torno a la enfermedad. Esto último se observó en pronunciamientos públicos como los siguientes: Javier Ortega Smith, Secretario General del Partido Vox, afirmó: «Mis anticuerpos españoles derrotarán a los malditos virus chinos» (*El Mundo*, 2020); en tanto que el Primer Ministro Narendra Modi atribuyó la propagación del nuevo coronavirus a las asambleas anuales realizadas por grupos misioneros musulmanes que fueron vilipendiados en las redes sociodigitales; por su parte, Matteo Salvini, de la Liga Lombarda, declaró en febrero de 2020 que «es irresponsable permitir el ingreso de migrantes procedentes de África, donde la presencia del virus está confirmada» (*The Guardian*, 2020). De tal manera que toda posibilidad de análisis fue menguada y reducida a corresponderse con alguna de las partes protagonistas en esa supuesta polarización.

A grandes rasgos, la pandemia de la covid-19 traslució discursos y prácticas clasistas, racistas, xenófobas, homófobas, y de exacerbación religiosa y nacionalista, ya desplegadas en las sociedades desde tiempo atrás, pero radicalizadas en los últimos cuatro años.

No sólo no son interpeladas las estructuras de poder, riqueza y dominación, asumidas como únicas, eternas, incuestionables e inalterables, sino el conjunto de la realidad social y la aparición de un macro-acontencimiento como la pandemia de la covid-19 no son sometidos al fragor del pensamiento crítico. La praxis del pensar fue inhibida por el *consenso pandémico* y —tras ser instalado el miedo— fue lapidada toda posibilidad de creación e innovación académica e intelectual fuera de los contornos estrechos del pensamiento hegemónico. La *domesticación de la imaginación creadora* se presenta por la vía de la marginación y censura del pensamiento crítico, la instauración de la supuesta neutralidad valorativa, y el arraigamiento del social-conformismo para no pensar más allá de los esquemas del *statu quo*. En ese sentido, los estudios del desarrollo se enfrentan a los desafíos que impone un modelo de ciencia social raptado por la erradicación de la ideología en aras de la pretendida neutralidad; la subsunción de los análisis holísticos a la simple descripción de hechos descontextualizados; la suplantación del conocimiento y la construcción teórica por el empirismo ramplón, la modelización matemática y el dato estadístico alejado de todo análisis histórico; y por la subordinación de los métodos cualitativos a la cuantificación de la realidad, ejercicio éste último que puede resultar encubridor de la experiencia, el mundo fáctico y de las causas estructurales de problemáticas sociales como la desigualdad, la pobreza, la marginación, el desempleo, las nuevas formas de explotación, la perpetuación del subdesarrollo, el retorno del fascismo, la despolitización y descuidanización de las sociedades, y, en general, del conjunto de contradicciones propias del capitalismo contemporáneo.

Estos son sólo algunos de los tópicos que podrían abordarse desde los estudios críticos del desarrollo a la luz de los múltiples impactos de la *crisis epidemiológica global*, situando al fenómeno de la desigualdad y sus distintas manifestaciones —no pocas veces obviadas— como eje articulador de las investigaciones colectivas y de la praxis interdisciplinaria. No menos importante será el estudio —también colectivo— de las relaciones de poder y de las nuevas modalidades de Estado perfiladas a la luz de la pandemia de la covid-19. Todo ello sin omitir los impactos de este *hecho social total* en el campo laboral, en el patrón tecnológico, en el ámbito educativo en sus nuevas formas de organización, en la geopolítica y geoeconomía

del capital, en las identidades y la memoria histórica, en los procesos neuropsicológicos de los individuos y familias, así como en la relación de éstos como la enfermedad y la muerte.

Consideraciones finales sobre la investigación: los estudios sobre el desarrollo y la urgencia de una teoría y política de la pandemia y de la era post-pandémica

La pandemia de la covid-19 no fue un hecho aislado o coyuntural, ni un fenómeno distante de las transformaciones estructurales, sino que se inscribió en una *crisis civilizatoria, sistémica y ecosocietal* de larga gestación y duración que no sólo evidencia el colapso del capitalismo regido por la financiarización rentista, el neo-extractivismo, la masiva pauperización social y el *avasallamiento de la clase trabajadora*, sino también la desestructuración del sentido de comunidad y de la memoria histórica.

El pensamiento científico no está al margen de ello, puesto que la *crisis pandémica* apuntó a su línea de flotación al hacer del principio de verdad una entelequia supeditada a las emociones y a la *tergiversación semántica* impulsada por la *industria mediática de la mentira*. Las ciencias —especialmente aquellas perspectivas académicas distantes de la *Big Science*— y las humanidades no lograron incidir en el debate público que encaminó el *consenso pandémico*, ni mucho menos en la agenda pública y en la toma de decisiones tomadas en el Sur del mundo y relativas a la gestión de la pandemia y al perfil que adoptó la emergencia de la *era post-pandémica*.

Los estudios del desarrollo no escapan a estas tendencias. Las ciencias sociales, en general, atraviesan por una inadecuación histórica a medida que no ofrecen respuestas acabadas respecto a *los grandes problemas mundiales, nacionales y locales*. Asediadas por el *nihilismo posmoderno*, la *racionalidad tecnocrática*, el economicismo neoclásico, el abandono del pensamiento social clásico, y el neo-positivismo en su vertiente de empirismo a ultranza, las ciencias sociales abonan al fin de las certidumbres y a la *confusión epocal*. Más todavía: las distintas disciplinas que estudian lo social humano se desanclan del pensamiento filosófico y se tornan compartimentos estancos que no propician la convergencia epistemológica, la conversación dialógica y el *descentramiento unidisciplinario* respecto a objetos de estudio que conforman redes de sistemas complejos. De ahí que los estudios del

desarrollo precisen del pluralismo teórico y del ejercicio de la investigación interdisciplinaria (un ejemplo se observa en Enríquez *et al.*, 2015) desde estudiosos y profesionistas provenientes de la sociología, la antropología, la etnología, las ciencias económicas, la ciencia política, la administración pública, los estudios de las relaciones internacionales, los estudios urbanos y regionales, el análisis histórico, la geografía humana, el trabajo social, los estudios comunitarios, la demografía, los estudios de las migraciones, las filosofías, entre otros campos del conocimiento que aportan —tras adoptar el despliegue del pensamiento crítico— a la comprensión de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo.

La *crisis pandémica*, sus secuelas y la emergencia de la *era post-pandémica* ameritan que los estudios críticos del desarrollo reconozcan a esos fenómenos como una red de sistemas complejos que adoptaron rasgos disruptivos y que trastocaron las formas de organización social; las relaciones cara a cara, la intimidad y la convivencia familiar; las contradicciones del campo laboral; la relación pedagógica y las prácticas en los sistemas educativos; el uso de las tecnologías y de las redes sociodigitales; la toma de decisiones desde el Estado y las nuevas funciones adoptadas por sus agencias; el comportamiento de la cooperación internacional; e, incluso, las condiciones y contradicciones de la geopolítica, la economía mundial y la política internacional. Más allá de la *biopolítica del miedo* y de la *biopolítica del olvido*, trazar una *teoría y política de la pandemia y de la era post-pandémica* implica un ejercicio académico colectivo e interdisciplinario que —regido por el pensamiento crítico— trascienda lo que fue el *consenso pandémico* y la narrativa demagógica de «la nueva normalidad», al tiempo que desentrañe las causas profundas y estructurales de las múltiples crisis y colapsos condensados en la pandemia de la covid-19. Es un ejercicio académico por cuanto amerita analizar y reflexionar en torno a las transformaciones sociales suscitadas y aceleradas por la pandemia, reconociendo la persistencia de sus contradicciones, así como de las nuevas desigualdades y conflictividades sociales e internacionales. Supone estudiar las transformaciones y contradicciones del capitalismo contemporáneo y comprender los cambios en las funciones del Estado, el *retorno del Leviatán* y el sentido de la toma de decisiones adoptadas en los momentos más álgidos de la *crisis epidemiológica global* y en la emergencia del *mundo post-pandémico*. Este primer ejercicio supone análisis estructurales, asumir la perspectiva de los sistemas complejos, e integrar el pensamiento anticipatorio en aras de reconocer al futuro como dimensión histórica preñada de múltiples escenarios. Dicha *teoría y política de la pandemia y de la era post-pandémica* es también un ejercicio estratégico por cuanto supone

comprender y ejercer los rasgos de las mínimas políticas públicas necesarias para prever macro-acontecimientos como la pandemia de la covid-19. De ahí la fusión del *pensamiento utópico* y del pensamiento anticipatorio en aras de imaginar alternativas de organización social que trasciendan el actual patrón de producción y consumo en esencia especulador y extractivista. En todo ello sería fundamental una *política de la precaución* que impregne al conjunto de las comunidades locales.

En su momento insistimos, al unísono del *implacable paso del huracán pandémico*, en la urgencia de *pensar en tiempo real* el carácter inédito de la *crisis epidemiológica global*. Los referentes eran necesarios conforme se sucedían los hechos, se adoptaban las decisiones y se ejecutaban acciones públicas que no pocas veces fueron erráticas e inconsistentes. De cara a un macro-acontecimiento como la pandemia de la covid-19 y las transformaciones sociales gestadas a partir de sus múltiples impactos, los estudios del desarrollo están llamados a construir sistemas teóricos, conceptos y categorías más allá del carácter etnocéntrico y tecnocrático del *poder epistémico* desplegado desde los organismos internacionales y desde las *universidades globales*. Ello no sólo para estudiar las contradicciones sociales del pasado inmediato, sino para imaginar los escenarios futuros y comprender los alcances de la crisis institucional contemporánea. De ahí que nos preguntemos lo siguiente: ¿De qué manera incidió la *crisis pandémica* en la profundización de esa crisis institucional y en el socavamiento del sentido de comunidad? ¿Con cuáles conceptos y categorías comprender los nuevos mecanismos de acumulación de capital y de apropiación del excedente abiertos a escala mundial con la *crisis epidemiológica global*? ¿Los estudios del desarrollo cuentan con la suficiente capacidad de análisis y de despliegue del pensamiento crítico para comprender el sentido de las decisiones públicas y corporativas adoptadas a lo largo de la *crisis pandémica*? ¿Cuáles son los fundamentos de los necesarios nuevos constructos teóricos que se requieren para comprender la emergencia y expansión del *mundo post-pandémico*? Responder estos interrogantes es fundamental de cara a la intensificación de la incertidumbre en el mundo contemporáneo y de cara a la creciente sincronización de acontecimientos en el contexto de una sociedad-red signada por su carácter volátil, la *crisis de sentido* y los recurrentes colapsos socavadores de la cohesión social.

Referencias

Alliance to Save our Antibiotics (2020). *Real farming solutions to antibiotic misuse*. London: Alliance to Save our Antibiotics.

- Amin, S. (2013). *The implosion of capitalism*. London: Pluto Press.
- Banco Mundial (BM) y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2021). *Una recuperación desigual: tomando el pulso de América Latina y el Caribe después de la pandemia*. Nueva York: PNUD.
- Carbonell Roura, E. (2007). *El nacimiento de una nueva conciencia*. Barcelona: Ara Libres/Now Books.
- Carbonell Roura, E. (2008). *La conciencia que quema*. Barcelona: Roca Editorial.
- Carbonell Roura, E. (2022). *El porvenir de la humanidad: decálogo para la supervivencia de nuestra especie*. Barcelona: RBA Libros.
- Castells, M. (2002). *La era de la información. Economía, Sociedad y cultura (la sociedad red)*. México: Siglo XXI.
- Castells, M. (ed.) (2006). *La sociedad red: una visión global*. Madrid: Alianza.
- Delgado Wise, R. (2017). «El capital en la era de los monopolios generalizados: apuntes sobre el capital monopolista». *Observatorio del Desarrollo. Investigación, reflexión y análisis*, 6(18), pp. 48-58.
- El Mundo* (14 de marzo de 2020). «Javier Ortega Smith relata su confinamiento por coronavirus: «Mis anticuerpos españoles derrotarán a los malditos virus chinos»». *El Mundo*. Recuperado de <https://www.elmundo.es/espana/2020/03/14/5e6ca55421efa01c0a8b46ae.html>
- Enríquez Pérez, I. (2020a). *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus: miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*. Buenos Aires: Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas.
- Enríquez Pérez, I. (2020b). «La pandemia y la urgencia de retorno al futuro: la dialéctica desarrollo/subdesarrollo y la parálisis del pensamiento crítico ante la gran reclusión». *Observatorio del Desarrollo. Investigación, reflexión y análisis*, 8(25), pp. 8-21.
- Enríquez Pérez, I. (2020c). *De la ilusión del progreso a la gran reclusión: colapso civilizatorio y extravío del futuro*. Buenos Aires, Centro de Estudios en Estrategia y Políticas Públicas.
- Enríquez Pérez, I. (2021). «La pandemia como crisis sistémica y ecosocietal: oportunidades y desafíos de las ciencias sociales ante el cambio de ciclo histórico». *Korpus 21. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 1(2), pp. 173-194.
- Enríquez Pérez, I. y García Álvarez, S. (2023). «Sociedad, Estado y mercado en la era post-pandémica: imaginando un nuevo pacto social para Ecuador y México». *Discursos del Sur. Revista de Teoría Crítica en Ciencias Sociales*, 1(12), pp. 223-257.
- Enríquez Pérez, I., Ricárdez Cabrera, M.M., Bustos Cardona, L.O., Musharraffie Martínez, A., López Gamboa, F.S. y Durán Vázquez, A. (2015). «Universidadanía: la

- construcción socioespacial y simbólica del hábitat universitario y su concepción como sistema complejo». *INTERdisciplina*, 3(6), pp. 113-141.
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (2021). *Evitemos una década perdida. Hay que actuar ya para revertir los efectos de la COVID-19 sobre la infancia y la juventud*. Nueva York: UNICEF.
- Foster, J.B. (2014). *The theory of monopoly capitalism: an elaboration of marxian political economy*. New York: Monthly Review Press.
- Foster, J.B. and Holleman, H. (2010). «The financialization of the capitalist class: monopoly finance capital and the new contradictory relations of ruling class power». En Veltmeyer, H. (ed.), *Imperialism, crisis and class struggle: the enduring verities and contemporary face of capitalism*. Leiden/Boston: Brill Publishers.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones del capital y el fin del capitalismo*. Madrid: Instituto de Altos Estudios Nacionales/Traficantes de Sueños.
- International Monetary Fund (IMF) (2023a). *Actualización de perspectivas de la economía mundial. La inflación toca máximos en un contexto de bajo crecimiento*. Washington, D.C.: IMF.
- International Monetary Fund (IMF) (2023b). *G-20 Background Note on the Macroeconomic Impact of Food and Energy Insecurity*. Washington, D.C.: IMF.
- Korman, Hailly T.N., O'Keefe, B. y Repka, M. (2020). *Missing in the margins 2021: revisiting the COVID-19 attendance crisis*. San Francisco: Bellweather Education. Recuperado de <https://bellwether.org/publications/missing-in-the-margins-2021-revisiting-the-covid-19-attendance-crisis/>
- Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Editorial Katz.
- Mauss, M. (1971). *Sociología y antropología*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Mena, I., Nelson, M.I., Quezada-Monroy, F., Dutta, J., Cortes-Fernández, R., Lara-Puente, J.H., Castro-Peralta, F., Cunha, L.F., Trova, N.S., Lozano-Dubernard, B., Rambaut, A., Van Bakel, H. y García-Sastre, A. (2016). «Origins of the 2009 H1N1 influenza pandemic in swine in Mexico». *eLife*, 5, e16777. DOI: <https://doi.org/10.7554/eLife.16777.001>
- Opriessnig, T. y Huang, Y.W. (2020). «Coronavirus disease 2019 (COVID-19) outbreak: could pigs be vectors for human infections?». *Xenotransplantation*, 27(2), pp. 1-3. DOI: <https://doi.org/10.1111/xen.12591>
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (2021a). *¿Qué han hecho los países para apoyar a los jóvenes durante la crisis de COVID-19?* París: OCDE.

- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (2021b). *Pensions at a glance 2021: OECD and G20 indicators*. Paris: OCDE Publishing.
- Organización Panamericana de la Salud (2023). *Día Mundial de las Zoonosis: proteger la salud animal ayuda a preservar la salud humana*. Río de Janeiro: Centro Panamericano de Fiebre Aftosa y Salud Pública Veterinaria de la Organización Panamericana de la Salud/Organización Mundial de la Salud.
- Oxfam Internacional (2015). *Riqueza: tenerlo todo y querer más*. Oxford: Oxfam.
- Oxfam Internacional (2023). *La ley del más rico. Gravar la riqueza extrema para acabar con la desigualdad*. Oxford: Oxfam.
- Schady, N., Holla, A., Sabarwal, S., Silva, J. y Yi Chang, A. (2023). *Collapse and recovery. How COVID-19 eroded human capital and what to do about it*. Washington, D.C.: World Bank Group.
- Schwab, K. (2020a). *Now is the time for a «great reset»*. Cologny: World Economic Forum. Recuperado de <https://www.weforum.org/agenda/2020/06/now-is-the-time-for-a-great-reset/>
- Schwab, K. y Thierry Malleret (2020b). *Covid-19: the great reset*. Cologny: World Economic Forum.
- Schwab, K. y Vanham, P. (2021). *Stakeholder capitalism: a global economy that works for progress, people and planet*. Hoboken, New Jersey: John Wiley & Sons.
- Simonsen, L. (2013). «Global mortality estimates for the 2009. Influenza Pandemic from the GLAMOR Project: a modeling study». *PLoS Medicine*, 10(11), e1001558. DOI:<https://doi.org/10.1371/journal.pmed.1001558>
- The Guardian* (24 de febrero de 2020). «Salvini attacks Italy PM over coronavirus and links to rescue ship», *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2020/feb/24/salvini-attacks-italy-pm-over-coronavirus-and-links-to-rescue-ship>
- United Nations Development Programme (UNDP) y Oxford Poverty and Human Development Initiative (OPHI) (2022). *Global Multidimensional Poverty Index 2022. Unpacking deprivation bundles to reduce multidimensional poverty*. Nueva York: UNDP/OPHI.
- United Nations Development Programme (UNDP) y Oxford Poverty and Human Development Initiative (OPHI) (2023). *Global Multidimensional Poverty Index 2023. Unstacking global poverty: data for high impact action*. New York: UNDP/OPHI.
- United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO) (2023a). *Global Education Monitoring Report 2023: technology in education. A tool on whose terms?* Paris: UNESCO.

- United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO) (2023b). *Bringing into focus the future of the right to education. Policy-oriented research paper as part of the Initiative on the evolving right to education*. Paris: UNESCO.
- United Nations Environment Programme (UNEP) (2016). *UNEP Frontiers 2016 Report: emerging issues of environmental concern*. Nairobi: UNEP.
- Wan, Y., Shang, J., Graham, R., Baric, R.S. y Li, F. (2020). «Receptor recognition by the novel coronavirus from Wuhan: an analysis based on decade-long structural studies of SARS Coronavirus». *Journal of Virology*, 94(7), pp. 1-9. DOI: <https://doi.org/10.1128/JVI.00127-20>
- World Bank (2022a). *World Development Report 2022: finance for an equitable recovery*. Washington, D.C.: World Bank Group.
- World Bank (2022b). *Poverty and shared prosperity 2022: correcting course*. Washington, D.C.: World Bank Group.
- World Economic Forum (WEF) (2020). *The Great Reset*. Geneva: World Economic Forum. Recuperado de <https://www.weforum.org/great-reset>.
- Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism. The fight for a human future at the new frontier of power*. Nueva York: Public Affairs.